m²

SUPLEMENTO DE ESTILO
Y DECORACION DE PÁGINA/12.
SABADO 22 DE NOVIEMBRE DE 2003.
AÑO 5. Nº 251

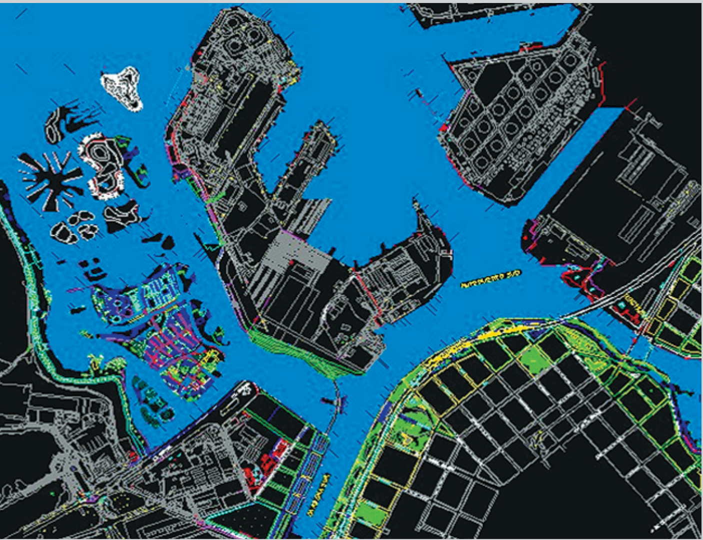
mínima

en pleno corazón de San Telmo, una prueba de que con paciencia, rigor y lucidez, el patrimonio renace y es viable



GUSTAVO MUJICA

¨Nuevos Territorios¨, de Isabel Arcos Zulaya, Víctor González Peña, Natalia Peña Murillo y Felipe Zuluaga Gallego



De Colombia al Marq

En una experiencia poco común, un grupo de estudiantes y profesores colombianos se instalaron en la torre de agua a preparar propuestas novedosas para Buenos Aires.

POR MATIAS GIGLI

La torrecita del Marq este mes está siendo usada intensamente. Sesenta estudiantes y profesores de arquitectura colombianos vinieron a desarrollar un trabajo de diseño urbano y la están usando como taller.

La idea es de Jorge Moscato, invitado permanente de las facultades de ese país, que desde este año organizó una movida de los colombianos para desarrollar un trabajo acá. Moscato, junto con Carlos Hernández como coordinador de la Universidad Javierana de Bogotá, organizaron un trabajo que tiene a nuestra ciudad como tema. Además invitaron a dos facultades colombianas más a sumarse a este encuentro: desde Medellín vinieron los alumnos de la Pontificia Bolivariana y desde Bucaramanga los de la Santo Tomás. A todos estos estudiantes se sumaron jóvenes arquitectos porteños en los grupos de diseño.

Con el sugerente título de “Un nuevo frente para Buenos Aires”, la idea es estudiar los bordes de nuestra ciudad con el río desde Puerto Madero hasta La Boca. En el transcurso de este mes vamos a tener una serie de versiones colombianas sobre cómo transformar la expansión de nuestra ciudad hacia el sur. Este tipo de intervenciones en ciudades ajenas no es nueva para los javieranos de Bogotá: ya anduvieron trabajando con Eric Miralles en Barcelona, pasaron por Verona sugiriendo transformaciones urbanas, y anduvieron además por Suiza, España, Francia, Alemania y los EE.UU. Ahora desde el Programa de Estudios Internacionales decidieron empezar a viajar por América latina. La idea es venir seguido a Buenos Aires.

El viaje además se complementa con estadías en Rosario y Montevideo. El grupo se complementa con dos diseñadores industriales que aportan una visión particular a las intervenciones urbanas. “La idea es entender los problemas desde miradas diversas; desde Colombia venimos estudiando el problema con el aporte de filósofos, biólogos, físicos cuánticos, genetistas, artistas mediáticos y músicos”, cuenta Carlos Hernández.

De esta forma, los entusiastas colombianos que son parte del boom del novísimo turismo cultural en nuestra ciudad ya empezaron a chequear en vivo las ideas que trajeron del norte. Las propuestas no se pueden tildar de tímidas, con los sugerentes nombres de algunos trabajos propuestos: “dunas verdes”, “límite artificial”, “Buenos Aires ecoturística”, “nuevos territorios” y “recinto ferial vertical”.

Con la supervisión de los arquitectos Giovanna Spera, Ana Elvira Vélez y Samuel Jaimes, y los diseñadores industriales Andrés Rodríguez y Javier Ricardo Mejía, a los que se sumaron Maia Benevicius, Joaquín Moscato, Ramiro Schere y Tute Clusella, se va a dar forma a una serie de versiones de la compleja relación entre nuestra ciudad y el río más ancho del mundo. ■







FOTOS GUSTAVO MUJICA



Espacios: un muro con sus aberturas, sobreviviente del siglo XVIII y tratado como una valiosa ruina. Es parte de un muro virtual creado con vidrios. La nueva Casa Mínima tiene su muro exterior –con restos de tres épocas– unificado y con balaustres de 1885. Arriba, otro resto de muro original, colonial.

Un espacio virtual

La Casa Mínima está lista a ser reinaugurada como espacio público. La obra es un ejemplo de originalidad y respeto casi arqueológico, con una suma de texturas de tres siglos, muros virtuales de vidrio que definen áreas igualmente virtuales y la preservación de ruinas dieciochescas.

POR SERGIO KIERNAN

La principal dificultad de contar qué ocurrió con la Casa Mínima –de hecho, en qué se transformó– es la multiplicidad de conceptos. Es una obra polisémica, donde se comprobó la paciencia inusitada de su gestor y los frutos que da el tiempo, donde se rescató una pieza patrimonial de un modo único, y donde nació un espacio casi virtual, de belleza frágil y algo emocionante. Un bosque de significados.

Un comienzo puede ser la descripción física. En la esquina del pasaje San Lorenzo y la calle Defensa hay un lote grande que ya figura en el primer mapa porteño, aquel en que Juan de Garay repartió propiedades a los primeros habitantes. Hace 18 años, la esquina era una tapera ruinosa dividida en varias propiedades autónomas usadas como pollería, almacén, tanguería –la de Don Emilio– y sucesivos conventillos de diversa calaña, de remotos hoteles de pasajeros a *convoys* de quinta. Por debajo de todo esto, de sucesivos cambios y reformas y demoliciones parciales, dormía el ancestro, la casa de los Lezica Peña.

La esquina es famosa por la Casa Mínima, una pequeñísima estructura que aloja como puede una puerta y un balcón y que parece construida aparte. El lugar generó toda clase de leyendas, y la más difundida figura en casi todas las guías de turismo porteñas: que era la modesta casa de un esclavo liberto al que su dueño le regaló, con la libertad, una franjita de terreno. En realidad, la Mínima es la parte de altos de la casa colonial que ocupaba la esquina. El caserón fue modificado, semidemolido, cambiado por completo, pero por razones que se desconocen, la Mínima no fue tocada y con el tiempo ganó autonomía. Lo que las guías llaman “casa de un esclavo” es evidentemente un zaguán de entrada con una pieza de altos que acabó aislada de la propiedad a la que le servía de entrada.

La misma familia que tiene, en la vereda de enfrente, el Zanjón, compró en 1985 la esquina en ruinas. Lo primero que se hizo fueron los cateos y así se encontró el pozo de basura, que fue explorado por el equipo de Shavelzon. La propiedad no fue tocada en demasía mientras se maduraba –largamente– qué hacer con ella. El problema no era fácil: donde muchos verían un baldío con escombros, los nuevos dueños veían una ruina producida por la agregación de tres siglos de historia. Lo que hacía falta era crear un proyecto que destacara y aprovechara esta textura única.

Otra cuestión era que no fuera un museo. Los dueños no son mecenas creadores de museos sino gente que invierte sus ahorros y necesita que sus venturas patrimoniales sean rentables. Esta prioridad es muy común en otros países, donde buena parte del patrimonio edificado está en manos privadas que ven con claridad su valor material y potencial. Pero la idea está en pañales entre nosotros: hace veinte años, un terreno en San Telmo valía *menos* si tenía una casa antigua que si estaba vacío, por la imposibilidad de demolerla y hacer otra cosa.

Hace pocas semanas, con una breve exposición de artesanía brasileña, se inauguró el espacio de la esquina del pasaje y la calle, que ahora espera ser reabierto al público muy probablemente como restaurante. El lugar es impactante, una suerte de edificio virtual, con adentros y afueras definidos por muros de vidrio, con áreas de sencillez y limpieza combinados con paredes transidas de historia, barrocamente texturadas por manos muertas que las fueron marcando.

La planta es simple. Los muros exteriores que abrazan la esquina fueron recuperados, manteniendo las alturas diversas marcadas por los tres edificios que terminaron ocupando el lugar de la casona. En un extremo, nuevamente como zaguán, está la casa mínima. El gran cambio está adentro. Los muros exteriores sostienen los techos –sutilmente realizados en las alturas donde se encontraron los calces originales de las bovedillas planas– pero no hay muros interiores. Al centro, un gran patio recupera el de la casona colonial, pero con paredes de vidrio. Así, el edificio puede ser definido como una galería cerrada con vidrios que mira a un patio.

Este espacio virtual y minimalista está puntuado por las ruinas de la casona original del siglo XVIII. Hay una parte del muro original, de 60 centímetros de espesor, que da a la calle y todavía exhibe en algún sector sus adobes (todo el muro fue reforzado con una discreta estructura de hormigón). En el patio se alza una pared que todavía sostiene un añejo marco de ventana, en el espacio interior hay alguna columna de ladrillería autoportante. Otros sectores exhiben, después de un paciente trabajo de raspado y cateo, su pintura al stencil, muy a la moda de fines del siglo XIX, y en un rincón están los azulejos *fifties* del almacén.

El muro que da a la Casa Mínima es testigo de la larga historia de cambios de opinión sobre su uso. En total, hay tres entradas de comunicación, dos tapiadas y una ahora abierta. Los nuevos dueños dejaron hasta los marcos de las puertas que alguna vez comunicaban zaguán y casa, que encontraron ocultos bajo capas de argamasa cuando se tapiaron. La Casa Mínima fue prolijamente restaurada, se le retiraron intervenciones fallutas y se le agregó una nueva escalera hacia el primer pisito, ya que la existente estaba podrida por la intemperie. Quien mire su fachada verá un dintel de madera curva, tal vez el último que quede en Buenos Aires, y un sardinel de ladrillo. El balconcito original, de madera, desapareció y el que existe ahora es del 1900. Hasta partes de las puertas y ventanas son originales y de tiempo inmemorial.

Los baños del nuevo complejo están en un sótano olvidado –fue descubierto durante la primera etapa de despeje– cavado a fines del 1800, al que se le agregó una entrada propia lateral, para no cambiar en nada el espacio original. Al que lo visite lo reciben dos mamparas separadoras donde se alzan dos hojas de puertas encontradas. Los tableros de algarrobo cerraban uno de los accesos sobre Defensa, donde hoy se trancan dos réplicas exactas. Las barandas de la escalera al sótano son del siglo XIX.

Todas estas texturas originales están unificadas por estructuras autoportantes de metal muy discretas, por un piso neutral, por una iluminación coqueta y pensada. Da vértigo pensar en el trabajo que tomó tanto detalle, y da respeto el cariño con que fue realizado.

¿Valió la pena? El lugar es perfecto para un restaurante o un local, y tiene el valor agregado de sus muchos detalles históricos. La historia, como los árboles añosos, no se puede comprar y transportar. Los dueños de la Casa Mínima cometieron el pecado de tratar una tapera porteña como si fuera una ruina valiosa e histórica, romana o griega.

Ojalá hubiera más pecadores así. ■

CAL Y ARENA

Por los barrios
Hay tiempo hasta el 1º de diciembre para inscribirse en el programa “Los barrios porteños abren sus puertas”, organizado por la Ciudad, en el que se visitarán 100 edificios y lugares en visitas guiadas y circuitos de recorrido. El programa es una oportunidad realmente única para ver predios y lugares a los que generalmente no se tiene acceso, y conocer de primera mano el patrimonio del barrio propio y de otros. El programa se puede consultar en *www.dgpatrimonio.buenosaires.gov.ar*. La inscripción se puede hacer personalmente en Av. de Mayo 575 5º of. 503 de 9 a 17, o por teléfono al 4323-9400 internos 2756 o 2791.

Premios en La Plata
El Consejo Superior del Capba acaba de comunicar los premios de la bienal de arquitectura de La Plata. Los jurados –Elizabeth Bund, Eduardo Crivos, Jorge de Tommaso, Roberto Germani y Rodolfo Morzilli– premiaron a Ezequiel Witis, F. Petraglia y J. Sánchez, Gastón Michel y Daniel R. Benassai, F. Iguenategui, Carlos Javier Díaz de la Sota, Javier Rivarola, F. Iguenategui, Alberto Juan Zambosco Pinto, Juan Manuel Escudero, Susana Mastaglio, Ruben Zoppi, Raúl Lier, Alejandro M. Madero del Estudio Aslan y Escurra, Miguel Angel Lama e Israel C. Schagrodsky.

Dos en la UTDT
El Centro de estudios de arquitectura contemporánea de la Universidad Torcuato Di Tella organiza la conferencia “Walkscapes: el andar como práctica estética”, del arquitecto italiano Francesco Careri, miembro del Laboratorio Stalker y Observatorio Nomade de Roma, el 21 a las 19.30. El mismo Centro anuncia también seminario internacional “Iniciativa Empresarial y Desarrollo Económico Local: Recomendaciones para la Aplicación de Programas y Políticas”, que dicta Alistair Nolan (OCDE, LEED Programme). El seminario, que se dicta en castellano, es el 25 a las 19. Ambas actividades son en Miñones 2177. Informes al 4783-8654.

Fotos en Alsina
El MNBA inauguró ayer en su sede de la calle Alsina la muestra El Arte de la Fotografía Argentina 1990/2003, formada por parte de la colección fotográfica del Museo. Se exhibirán 130 obras de 30 artistas, entre ellos Marcos López, Adriana Vestido, Pablo Soria y Dino Bruzzone. La curadora es Sara Facio. En Alsina 1169, entrada libre y gratuita.









CON NOMBRE PROPIO

La cáscara de buey

La arquitecta Daniela Davidovich creó un nuevo material que resulta en muebles y objetos notables por su textura. El material tiene el curioso y personal nombre de “cáscara de buey”.

POR LUJÁN CAMBARIERE

Arquitecta, escenógrafa, diseñadora de muebles, productora de revistas y pintora, Daniela Davidovich no teme tener vidas profesionales paralelas siempre que el eje sea el diseño.

Si bien siempre quiso ser arquitecta (de chica jugaba con los Mil Ladrillos y esas cosas), también regó su faceta de desarrollo de productos y objetos. Se especializó en interiorismo, hizo murales (varios para Casa FOA) y muebles, trabajó en una empresa familiar (una pyme especializada en electrodomésticos) y en el 2001 decidió volcarse a la pintura. Su primera muestra de cuadros de técnica mixta de acrílico y collage fue el disparador y puente a la creación de utilitarios –cajas, floreros, cuencos, espejos– con un material original, la cáscara de buey, que ella inventó.

Nuevo material

“El material que uso, lo creé y bauticé yo misma. Se llama cáscara de buey y está hecho en base a una técnica que usa el cartón, papel y algunos ácidos y pigmentos que generan un acabado especial que me permiten producir utilitarios de corte bien minimalista, donde la textura es la gran protagonista”, explica Davidovich.

En un principio, sus piezas –cajas de té y portaCDs– se remitían a los orígenes. Jugaba con los tonos tierra y copias de grabados de manuscritos antiguos. Al poco tiempo llegaría el color envejecido y una propuesta más lúdica que cobraron vida en otras piezas. Así, floreros cuadrados con alma de vidrio o PVC, la línea bolas –floreros, objetos y cuencos–, juegos de mesa como el Ta Te Ti, porta-bouquets, platos de sitio, bandejas y espejos salen de su taller que tiene mucho de artesanal, pero también de industrial. “Siempre estandarizo el producto. Cada uno tiene su moldería, sistema de armado, forrado y procesado. Por eso lo defino como arte utilitario para todos ya que, si bien tiene un proceso, es una obra manual”, explica.

¿El material? “La cáscara de buey es como las personas. Da la sensación de ser muy dura por fuera. Algunos hasta la confunden con madera, pero cuando te acercás, te dan muchas ganas de acariciarla. Y si bien no es blanda, no es tan rígida como aparenta. Cálida y resistente, ayuda a generar una nueva propuesta en un mercado poco acostumbrado a ver nuevos materiales”, señala.

Así, sus objetos de formas puristas abrevan de su material, pero de las últimas tendencias en su morfología. “Soy muy obsesiva. Estudio todos los catálogos internacionales para ver por dónde pasa la tendencia. Y sobre todas las cosas, sigo muy enamorada de la cáscara de buey”, detalla. Ahora está en la etapa de combinarlo con otros materiales como resinas, cuero y vidrio, y de fusionar con sus muebles de madera mediante una especie de forrado con un laqueado especial. “Consolidar el material, exportar, pero sobre todo seguir transmitiendo mi personalidad a través de mis objetos, son metas a alcanzar”, remata. ■

Daniela Davidovich: 15-4087-2005, danielad@infovia.com.ar